

LOS ANGELES ROJOS

AHORCADOS los hábitos, como suele decirse, fray Porfirio se había unido a un grupo de libertinos, con el firme propósito de recuperar el tiempo perdido y, en vista de que el Cielo no era manjar para sus dientes, dejar para sus congéneres el trabajo de largarle al Infierno. Aquellos hombres eran incrédulos de pies a cabeza, con una salud de toros, generosos de su alegría y de su dinero; las mujeres, frescas como peces vivos, con el blanco de los ojos, duro y reluciente y con unos labios que resucitaban a un muerto. Bastaba haber visto solamente una vez aquellos rostros, torpes y sensuales, para convencerse de que el alma era un cuento de catequistas, Dios —si existía—, un brasero para calentar viejas comadres ateridas, y hacerse fraile, por tanto; con todo lo que hay por acá abajo para comer, acariciar y masticar, la más estúpida locura. Así pues, nuestro Porfirio, aunque hacía sólo unas semanas que había huido del convento, se encontraba entre aquellos nuevos amigos como pez en el agua, e incluso le parecía que jamás había conocido otro género de vida.

Hacia de anfitrión un tal Opicino, rico y corpulento. Vivía en un castillo extraviado, de muros ruinosos y carente de comodidades, pero provisto de una fantástica bodega. Los antepasados de micer Opicino, piratas durante muchas generaciones, habían almacenado en aquel subterráneo todos los vinos de la tierra. Y a quien le tocaba en suerte el acercarse a ellos, podía contemplar el más variado y pintoresco emporio vinícola, como jamás había sido reunido por los descendientes de Noé. Micer Opicino era, a partes iguales, generoso y avaro de su bodega. La verdad es que, cuando se decidía a permitir a alguien el descender a ella,



era como si entre ambos se sellase una alianza de perpetua amistad. Precisamente aquella tarde, nuestro Porfirio, alcanzados, por medio de un alegre noviciado, la estima y el favor de aquellos granujas, había sido introducido en los misterios de la secta, bajo los arcos del báquico templo. Una mesa repleta ocupaba el centro justo del sótano y, alrededor, a la viva luz de velas y candelabros, se entreveía el prometedor arsenal: el guiño aristocrático de las botellas a lo largo de las paredes; la risa plebeya de las frascas sobre estantes escalonados; las damajuanas panzudas y soñolientas; los barriles, las tinas, las cubas, y las torres monstruosas de los enormes toneles, donde se oía, con un vago temor, un interno rebullir.

Los comensales, unos diez, se sentaron y la francachela comenzó. Los alimentos eran salados y picantes, como cortezas de cerdo, pescado en salmuera y quesos fuertes, que tenían por misión encender vivamente la sed.

De tal manera que, micer Opicino, escanciador infatigable, había de levantarse a cada nuevo bocado para, abriendo las espitas, aportar nuevas remesas de vino, del que, todas las veces, hacía el panegírico: «Este es francés, del Delfinado, un juvenil octogenario que aún gusta a las mujeres... Este otro es un blanco de la Renania, y en su interior encontraréis las arenas auríferas... Con este vino dulce de España, Carlos V bañaba a sus concubinas... Probad este griego, señores, y decidme si en el Olimpo se saborea algo mejor...».

Los convidados vaciaban sus vasos y le aclamaban: y Porfirio, como buen neófito, era el más generoso en elogios y el que más débilmente apagaba las presunciones de Opicino, el cual inflaba las mejillas y le golpeaba con satisfechos manotazos.

Al poco tiempo, el jolgorio llegó al máximo. Los hombres comenzaron a gastarse bromas y bien pronto alcanzaron en sus excitantes juegos un lenguaje tabernario. Las mujeres reían como bellísimos pájaros temblorosos tras el ceñido brocado; y Porfirio sentía que se aproximaba un momento en el que sus compinches habrían podido dominarle con la misma facilidad con que se apresan por las alas, uniendo dos dedos, esas multicolores mariposas del crepúsculo.

Antes de dar rienda suelta a los instintos que se erizaban bajo las vestiduras y dejarse absorber por la orgía, los comensales quisieron, sin embargo, conmemorar el principal propósito de la velada y su especial significado de investidura: y lanzaron contra Porfirio sus alegres dardos.



«Por el momento, —dijo uno de los convidados, enarcando la panza sobre el escaño—, mícer Porfirio nos ha dado buenas pruebas de haber alejado de sus trajes el olor a incienso. Pero para figurar dignamente en nuestra banda es necesario saber hacer algo extraordinario; y yo propongo que, cuando cada uno de nosotros haya demostrado la suya, también él nos demuestre su especial valentía». «¡Bien dicho, Ascanio! —gritan sus compañeros— ¡Y sé tú el primero!».

Entre estrepitosas carcajadas, el torneo comenzó. Ascanio pretendía rasgar, de una limpia estocada, el corpiño de la más bella comensal, sin rozarla siquiera, y persiguiéndola en torno a la mesa, acabó por ensartar un queso con su espada. Bernabé intentó danzar con un tonel y, abrazado a él, rodó pocos pasos más allá. Ippolito, vació una frasca de vino moscatel, vertiéndola en sus varices con un embudo. En cuanto a Opicino, se hizo vendar los ojos y, aunque borracho, reconoció al tacto y nombró una por una, las más escondidas botellas de su bodega. Aplacado el frenesí de los saludós y los aplausos, todos se vuelven hacia Porfirio, llenos de curiosidad.

El vino galopaba por las venas. El hedor canullesco del vinazo embalsamaba el aire hasta impedir la respiración, y los bebedores estaban esponjados y pastosos como algas en el fondo cenagoso de un estanque. El antiguo fraile, en el centro de aquel círculo de pupilas de puerco, sentía, ya entre la razón y la locura, que le abrasaba el pecho una irresistible llamarada de soberbia y desafío:

«Yo puedo —dijo con una voz extraña, que sofocó todo alboroto—, yo puedo transformar todo este vino en sangre». Y poniéndose en pie, en un silencio roto solamente por el burbujear del mosto, trazó un lento signo de cruz, y girando su vista sobre las pirámides de botellas y de frascas, sobre el vientre de las damajuanas, de los barriles, de los toneles, sobre todo aquel oculto mar de uva, fué dejando caer lentamente las sílabas de la consagración: «Hic... est... sanguis... meus».

Prorrumpieron en aplausos, vivas, carcajadas frenéticas. Las manos de los más cercanos, asiéndole del traje, tiraban de él. Pero Porfirio no reía, ni acertaba a sentarse. Permanecía en pie, y poniéndose cada vez más pálido, se miraba las manos como si jamás las hubiese visto hasta entonces.

Micer Opicino rompió el silencio con un vigoroso puñetazo en la mesa: «¡Maravilloso! —tronó—. Y ahora, veamos si mis vinos, después del milagro, han cambiado de sabor. Amigos, un brindis por nuestro ca-



pellán». Y diciendo esto, alargó la mano para agarrar el jarro donde quedaban dos dedos de vino, que ya no era vino.

«¡Quieto, canalla! —le paró Porfirio, sujetándole el puño en el aire.

«¡Estupendo! —exclamó Opicino, alcanzando con la otra mano el jarro, y sosteniéndolo, con el brazo tenso, fuera del alcance de Porfirio; como defendiéndolo—, nuestro Porfirio es un maestro en las bromas. Pero yo me abraso de sed... es decir: de devoción; y quiero comulgar al momento».

«No tocar esos cálices, miserables, o...».

Porfirio había empuñado una antorcha llameante y la tenía alzada como un sable, con un gesto tan amenazador que la burla desapareció en un instante. Todos se levantaron, cayeron las banquetas, los hombres echaron mano a la espada...

«¡Fuera de aquí, sacrílegos, fuera o ardéis como pólvora».

Y antes de que aquéllos, tan débiles de cabeza como lo estaban de piernas, pudiesen hacerle resistencia, Porfirio, bajo la amenaza del fuego y de su gesto, les empujó hacia la salida de la bodega, y lanzándoles fuera como una bandada de ocas alborotadas, cerró la puerta y echó la llave.

Estaba solo. Primeramente, fray Porfirio se miró las manos, después miró a su alrededor y de nuevo se miró las manos: las manos que le habían obedecido para hacer de aquella bodega de pecadores un inmenso cáliz consagrado, y a él, prisionero y guardián de aquella sangre. Encerrada en las inmensas tinajas, en las impasibles botellas, en las plácidas frascas, abandonada en los jarros de la interrumpida orgía, la suave, la generosa Sangre de Cristo rodeaba a fray Porfirio como una laguna. Ninguna fuerza humana podría ya jamás hacerla recobrar su anterior esencia, volver a darle la paternidad de los dulces racimos, que los hombres en todas las viñas de la tierra habían un día exprimido para su propio placer. En una exaltada visión fray Porfirio veía aquel mosto ir goteando de un solo racimo, clavado a una cruz, y en aquel ambiente saturado de prodigios, una misteriosa multitud de fantasmas se agitaba en torno suyo. Oía pasos de soldados, el canto de un gallo, llantos de mujeres, veía a Judas, a Caifás, a Pilatos, esconderse errabundos, tras los toneles como sombras de asesinos. Y después, sobre la estela de aquella sangre, en un correr de siglos, como páginas vueltas de un libro, barbas de eremitas entre las gargantas nubladas de los montes, viudas y huérfanos abrazados u sus



bienhechores, sepulcros con testas coronadas, cuerpos incorruptos de santos en urnas de cristal, iglesias solitarias en noches de temporal, obispos bendiciendo a las turbas prosternadas, salmodias de monjas en jardines floridos, María con el pie sobre la cabeza de la serpiente, himnos de fieles bajo naves ebrias de incienso, y tal aroma de perdón y de paz, tal aliento místico de salvación que a nuestro fraile le parecía encontrarse no en la bodega de un miserable, sino en el mismo costado de Jesús.

El éxtasis de fray Porfirio fué roto por fortísimos golpes contra la puerta: provistos de un madero, los expulsados habían vuelto y lo usaban a modo de ariete para derribarla.

«¡Ríndete ya, maldito! —gritaban.

«Señor, —rogaba Porfirio, corriendo a abrazar unos y otros toneles— ¿qué haré contigo?».

«Ya te atraparemos, perro con sotana...» —bramaban los de fuera.

«Señor —desfallecía el de dentro— nada me salva sino Tú mismo».

«Brindaremos sobre tu carroña...».

«Señor, yo te bebería todo, hasta la última gota: pero soy un fraile inmundo y no me es lícito hacerlo».

Porfirio revoloteaba por la bodega como un murciélago enloquecido. La puerta, bajo las terribles embestidas, se astillaba, y por las grietas se filtraba el aliento vinoso de los asaltantes, más penetrante por el esfuerzo.

«¡Sus bocas! —gritaba Porfirio— ¡aparte de Ti sus sucias bocas!».

De repente se detuvo. Miró hacia lo alto, radiante, como agradeciendo una divina inspiración. Agarró de nuevo la antorcha y corrió hacia una pirámide de frascos. La llama prendió en un instante en la paja que las envolvía y comenzó a crepitar alegremente y se transmitió con rapidez a la madera de los estantes. Un humo espeso y veloz invadió la bodega de micer Opicino y escapándose por la puerta resquebrajada comunicó a los otros la horrenda desgracia. Sonaron violentas blasfemias. Pero el humo, penetrando burlonamente en sus gargantas, les sofocó de repente, y se oyeron fuertes toses y un precipitado retroceder.

El fuego, entre tanto, como un dragón desencadenado, cabalgaba victorioso sobre sus víctimas. Sus crestas purpúreas, retorciéndose por doquier, quemaban las ligaduras de las damajuanas, por sus huecos bebían el óleo contenido en ellas, retorcían los lienzos sobre la mesa, crepitan sobre la madera de las banquetas, de la puerta de las tinajas, y ya la



mían los toneles. Pronto, las botellas y los frascos, reventados por el calor, comenzaron a estallar con indescriptible estrépito; poco después, también los barriles y toneles se abrieron uno a uno y su contenido se derramó por entre las tablas rotas con un brillo fugaz de ámbar y rubí, sobre la multitud sedienta de las llamas.

«Angeles rojos...» —murmuraba fray Porfirio, arrodillado en medio de aquella humareda irrespirable—. «Angeles rojos...».

Un ardor mortal le abrasaba el pecho, pero él no acercó sus labios a los cientos de surtidores y arroyuelos que le ofrecían refrigerio. Contemplaba aquella milicia salvadora, aquella criatura fabulosa e invulnerable, aquel huésped extranjero y peregrino, maravillosamente alegre, que los hombres llaman fuego.

Los ángeles rojos, por fin, alcanzaron también su cuerpo exánime y comenzaron a celebrar sobre sus miembros una danza aérea y vibrante. Le abrasaron por completo, con ansia, dejando solamente un puñado de blanca ceniza, como una reliquia: en aquellos momentos, el buen Dios, cuyos designios son siempre inescrutables, le había elegido entre sus mártires.

Procedente de una formación universitaria, Luigi Santucci comenzó en 1942 su carrera literaria, como crítico y ensayista, con la publicación de su tesis de licenciatura, *Limite e ragione della letteratura infantile* —elogiada por Croce— y un interesante estudio crítico, *Folgore de San Geminiano*, sobre el citado poeta trecentista. En 1946, aparece su primera obra de tipo narrativo, *Misteri gaudiosi*, en la cual se revela la línea original de su pensamiento, continuada en *In Australia con mio nonno*, en 1947, y en *Lo zio prete*, cuatro años más tarde. En estos tres libros, así como en sus colaboraciones periódicas, Santucci —escritor católico— nos presenta su visión personal —humorística y tierna, siempre entrañable— de la religión católica, en sus aspectos externos: sacerdotales, monjas, conventos, sacristías..., como motivo artístico de su temática. Le atrae el misterio de esos seres, tan en aparente contradicción con la vida moderna, y su intento de comprensión está basado en la ternura, aunque a veces utilice la sátira, inherente a todo humorista auténtico. Ese humor y ternura que resplandece en *Il teólogo Macrone*; esa sátira que anima *Lo zio*



prete, narraciones ambas del libro de este nombre, y al cual pertenece, igualmente, el cuento reproducido, *Gli angioli rossi*, como muestra de la visión trágica que, al igual que la dramática, puede hallarse en la corriente temática de Santucci, inmersas en la generalidad de su humorismo.

(Traducción y nota de María
del Pilar Palomo).

